

ellos verán a Dios.

7ª. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

8ª. Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3, 10).

152. 62. «Yo te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo y las has revelado a los pequeños; sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así» (Mt 11, 25-26).

153. He aquí el compendio de las grandes e importantes verdades que la Sabiduría eterna vino a enseñarnos después de habernos dado ejemplo, a fin de arrancarnos de la ceguera en que nos habían sumido nuestros pecados.

- a) Dichosos los que llegan a entender estas verdades eternas.
- b) Más dichosos los que las creen.
- c) Pero mucho más aún los que las creen, las practican y enseñan a practicadas a los demás, pues esos tales brillarán como estrellas en el cielo por toda la eternidad.

CAPÍTULO XIII

Breve resumen de los inexplicables dolores que la Sabiduría Encarnada quiso padecer por nuestro amor

1. El motivo más poderoso para amar la Sabiduría

154. Entre las múltiples razones que debieran movernos a amar a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, la más poderosa debiera ser, a mi juicio, la consideración de los dolores que quiso padecer para mostrarnos su amor. Existe, dice San Bernardo, un motivo que sobrepaja a todos, que me agujonea más sensiblemente y me apremia para que ame a Jesucristo, y es, ¡oh buen Jesús!, el cáliz de amargura que hubisteis de beber por nosotros y la obra de nuestra redención, que os hace amable a nuestros corazones, pues ese gran beneficio y esa gran prueba de amor por parte vuestra conquista fácilmente el nuestro: nos atrae más dulcemente, nos obliga más justamente, nos liga más estrechamente y nos conmueve más fuertemente. Y en pocas palabras explica el porqué: porque este amantísimo Salvador ha trabajado y sufrido muchísimo para redimirnos

(Sermo 20 in Cantica (ML 183, 867). Citado por Saint Jure, 1, p. 177).

¡Oh cuántas penas y amarguras hubo de soportar!

2. Las circunstancias de la Pasión de la Sabiduría

155. Pero donde más claramente veremos el amor infinito que la Sabiduría nos tiene será al considerar las circunstancias que acompañan sus dolores.

1. Excelencia de su persona

Sea la primera la excelencia de su persona, que, siendo infinita, eleva hasta el infinito cuanto sufrió en su Pasión. Si el Señor hubiera enviado a un serafín o a un ángel del último orden para que, haciéndose hombre, muriese por nosotros, habría sido ciertamente cosa de admirar y digna de nuestro eterno agradecimiento; pero que el mismo Creador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, la Sabiduría eterna, se hiciera hombre y diera su vida, a cuyo lado las vidas de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las criaturas juntas serían infinitamente menos de lo que serían las vidas de todos los monarcas juntos comparadas con la un pobre mosquito, ¡qué exceso de caridad no nos hace ver en este misterio y cuán grande no ha de ser nuestra admiración y reconocimiento!

2. Padecimientos, incluso por sus enemigos

156. La segunda circunstancia es la condición de las personas por las cuales sufre. Son hombres, viles criaturas y enemigos suyos, de quienes nada podía temer ni nada podía esperar. Se han dado casos de amigos que murieron por sus amigos; pero ¿se dará jamás el caso, fuera del del Hijo de Dios, de que alguien muera por su enemigo? Jesucristo nos demostró el amor que nos tiene muriendo por nosotros cuando éramos aún pecadores y, de consiguiente, enemigos suyos

(Rm 5, 8 y 9. Saint Jure, 1, p. 177.).

3. Enormidad y duración de sus múltiples padecimientos

157. La tercera circunstancia es la multitud, la enormidad y la duración de sus padecimientos. Fue tal el torrente de sus dolores, que con razón se le llama «Varón de dolores» (Is 53, 3). «Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana» (Is 1, 6). Este gran amante de nuestras almas padeció en todo: en su exterior y en su interior, en su cuerpo y en su alma.

158. Padeció en sus bienes. Dejando aparte la pobreza de su nacimiento, de la huida y permanencia en Egipto y de toda su vida, recordemos que en su Pasión fue despojado de sus vestidos por los soldados, que se los distribuyeron entre sí, y clavado después desnudo en la cruz, sin que le dejaran ni un pobre harapo para cubrirse.

159. En su honor y reputación, pues fue colmado de oprobios; tratado de blasfemo, de sedicioso, de bebedor, de glotón y de endemoniado.

En su sabiduría, pues fue considerado como ignorante y como impostor y tratado de loco y de insensato.

En su poder, pues fue calificado de mago y de hechicero y de hacer falsos milagros en connivencia con el diablo.

160. En sus discípulos: uno le vendió y le traicionó; el primero de entre ellos le negó y los restantes le abandonaron.

Sufrió por parte de toda clase de personas: de go-